

PRELIMINAR
Instituto Latinoamericano de
Planificación Económica y Social
Santiago, agosto, 1971

CURSO DE DESARROLLO Y PLANIFICACION, 1971
CDP/51

NACIONALISMO, IDEOLOGIA Y ESTADO

Capítulo II

Kalman H. Silvert

* Tomado de Nacionalismo y Política de Desarrollo de Kalman H. Silvert.
Editorial Paidós, Buenos Aires. Solicitado para el Curso de Desarrollo
y Planificación, 1971.

I-294-71-S



CAPITULO II

NACIONALISMO, IDEOLOGIA Y ESTADO

Clio es una musa voluble y seductora. Nos instiga a enorgullecernos de ser únicos y sin embargo consolarnos con nuestra necesariamente impotente sumisión a una repetición predeterminada, a nuestro "ser arrastrado al futuro por fuerzas irresistibles" 1/. Los filósofos sucumben a su astucia construyendo sistemas de predicciones del futuro basados en intuiciones del pasado, y los buenos ciudadanos responden a los políticos que exhortan a los vivos a actuar en nombre de los espíritus de los muertos. Pero si la Historia traiciona, también es traicionada a su vez. Hay quienes la utilizan vil y desenfadadamente por el placer polémico del momento y quienes oscurecen el pasado para llevarnos a mayor irracionalidad del futuro. Pero el más común de todos los saqueadores de la Historia es el hombrecito muy afectado en el vestir que se tranquiliza con "No hay nada nuevo bajo el sol".

El rápido cambio y la deslumbrante variedad son la dialéctica actual. En gran confusión se presentan ante nosotros hombres primitivos y actuales, impostores y astrofísicos, gerontocracias tribales y organizaciones supranacionales. Que algunos países puedan ser calificados de "opulentos" y "sobredesarrollados" mientras otros trabajan para subsistir no es sólo asunto de juicio moral, sino también un desafío que se nos presenta por una disparidad única en los sucesos humanos. Si la historia puede ayudarnos a entender nuestro mundo, a la vez la riqueza de variedad en torno nuestro nos capacitaría mejor para entender la historia. La discriminación entre lo históricamente único y lo humanamente universal es una obligación inevitable de quienes pretenden descubrir la dinámica del desarrollo contemporáneo. En la tarea de estudiar el desarrollo nacional latinoamericano nos meteremos en un atolladero si sucumbimos impensadamente al paralelismo histórico de la fácil noción de que estamos tratando con sociedades cincuenta (o ciento cincuenta) años atrasadas respecto a EE.UU. Por supuesto, debe ser claro para todos que no puede haber relación temporaria definida, porque por cierto que EE.UU. en el pasado jamás fue equivalente a la Honduras contemporánea, por ejemplo, ni lo fue ninguna otra parte del mundo industrializado actual. Sin embargo se sugieren comparaciones funcionales más sutiles. Si cuidadosa y exclusivamente significamos mediante vagas comparaciones cronológicamente lineales que Honduras es aún en gran parte una sociedad tradicional, en su

/mayoría preindustrial,

mayoría preindustrial, etc., por supuesto nos justificamos al hacer ciertas cautas comparaciones con los fenómenos europeos. Y desearíamos agregar que si en el futuro las sociedades mundiales pueden acercarse a medida que se llega a la equivalencia en tecnología, aspiraciones y circunstancias sociales, entonces puede perdonársenos nuestro deseo de llegar a la par. En otras palabras, "la cronología histórica no es siempre cronología científica"^{2/}

Querer significar, mediante esta comparación histórica, que los pueblos preindustriales deben seguir la misma ruta al "modernismo" que Europa, es visiblemente incorrecto, por lo menos porque los puntos de partida son distintos. Además, el pensamiento contemporáneo ofrece actualmente diversas ideologías de desarrollo en pugna, como el gradualismo liberal occidental, la forzada movilización de recursos soviética o el programa mixto de la India.

Pero es aún más importante que las nuevas prácticas tecnológicas y las actitudes científicas corrientes hacen intrínsecamente distinto el proceso de desarrollo en ciertos enfoques con respecto al del pasado. El nivel de tecnología actual no sólo obliga a la industrialización muy rápida y en gran escala, sino que las comunicaciones en masa también permiten que la penetración y desarrollo cultural sean extremadamente rápidos, demostrando que la "naturaleza humana" es muy maleable. Estos dos factores se combinan para inducir una velocidad que vincula el desarrollo económico al social y político de manera sustancialmente diferente de la experiencia del pasado. La mezcla de lo tradicional con lo moderno se hace tan rápidamente que produce impactos inmediatos a través de todos los niveles de las sociedades afectadas.

Las ideas del mundo nacional son otro factor nuevo para la historia en el mundo prenatal; no sólo son únicas las nuevas técnicas, sino también el bagaje valorativo que llevan consigo. Cuando Inglaterra pasaba por el proceso del lento emerger de una clase media fuerte y consciente, no hubo cuerpo de doctrina exhortante ni ejemplo mesiánico concreto que instase a que ningún grupo quedase fuera de la esfera social, que la sociedad fuese "sin clases". Las naciones subdesarrolladas tienen ahora el modelo económico de los países occidentales industrializados para demostrar que las diferencias de clase pueden ser eficazmente disimuladas, y la enseñanza ideológica comunista de que serán eliminadas en un futuro utópico. El proceso de modernización induce a la revolución total en vez de sólo a un ajuste parcial, a aprender cómo caminar y correr y volar a la vez. Ya no podemos refugiarnos cómodamente en una explicación de la violencia actual argumentando que "están haciendo su propia revolución francesa". Las revoluciones de desarrollo tienen ahora como objetivo no solamente la

/"liberación" de

"liberación" de una clase media, sino también extender la participación a una clase de status socioeconómico más bajo, no a un proletariado alienado. Los políticos del desarrollo deben responder ahora a demandas inmediatas para permitir que los grupos económicos inferiores sean identificados con la sociedad y dotados de algo más que la esperanza mística de ascender trepando. La aceptación ideológica de menor amplitud social que la mencionada destina a cualquier país en desarrollo a una tortuosa e interminable política represiva y un tambaleante progreso económico.

La manera clásica de registrar el proceso de "crecimiento" social describe un progreso inevitable del feudalismo al mercantilismo y al capitalismo. Muchas escuelas de pensamiento debaten cuál es la fuerza motora que impulsa tal cambio y se torturan con tesis como la de si el desarrollo humano se extiende siempre hacia adelante y arriba o si los asuntos humanos son de naturaleza cíclica. Las diversas enseñanzas de las escuelas liberal-utilitaria, hegeliana-marxista y spengleriana, entre muchas otras, son suficientemente conocidas y accesibles como para que las consideremos aquí. Aunque este libro trata de un aspecto específico del desarrollo social, no pretende irrumpir en zonas de causa final o de proyección utópica. Esta denegación no deriva de modestia, sino solamente de la definición de nuestra tarea. Además, será necesaria la disposición a descartar algunas de las maneras tradicionales de definir las "etapas" sociales si nuestro punto de vista de los efectos combinados de la velocidad de desarrollo e ideología contemporánea ha de ser moldeado por la evidencia y no sólo por el prejuicio.

El impacto de alta velocidad de los sucesos sobre el mundo subdesarrollado abrevia "etapas" y hasta permite que algunas sean salteadas. Este hecho ha sido incesantemente comentado con referencia a las carretas de bueyes y los aeroplanos, pero pocas veces organizado para uso político. Si las naciones subdesarrolladas son "etapas que se pasan por alto", también proceden de manera necesariamente única. Contemplar los acontecimientos de nuestro tiempo de esta manera también implica que los hombres son más dueños de su destino que en ningún otro momento o que al menos ha sido ampliado el ámbito de su adopción de decisiones. Ya no dependemos solamente del lento moler de los molinos económicos o la aparición accidental de grandes hombres para levantar las "bases" sobre las cuales se construyen otros desarrollos sociales. La función política y social del hombre, en vez de depender de otras circunstancias presumiblemente más básicas, adquiere importancia como mecanismo de elección fundamental. Franz Neumann, comentando los cambios que tienen lugar en las sociedades desarrolladas, dice:

/"Ahora / en la

"Ahora /en la colectiva sociedad burocrática/ parece que el poder político ha empezado a emanciparse de sus raíces económicas y, sin duda, tiende a convertirse en base para la adquisición del poder económico...

La Unión Soviética ofrece un caso marginal definido en el cual el poder político no sólo se ha hecho supremo sino que se ha convertido en la fuente de todas las posiciones del poder económico. La Alemania nazi... presentó un caso de transición". 3/

Aunque las normas del poder y los planes para utilizarlas sean diferentes, la afirmación de Neumann tiene validez para gran parte del mundo subdesarrollado y no solamente para la masa. Aunque esto sugiere que sospechar comparaciones totalmente descriptivas de los procesos europeos de desarrollo histórico no significa justificar el caballeresco rechazo del cuidadoso examen funcional de los objetivos y operaciones de las soluciones, anteriores y actuales, halladas por el mundo moderno. Aunque las formas de desarrollo sean distintas, el contenido elemental puede seguir igual en algunos estilos vitales y en un nivel común de los acontecimientos sociales.

Observar los procesos de desarrollo total a través de los lentes de la formación de la nación-Estado, impone la obligación de discriminar penosamente las nuevas formas y poderes de las antiguas y una cuidadosa valoración del nacionalismo histórico para aislar los caracteres intrínsecos que constituyen una parte importante del concepto de modernismo. Nuestra presunción en este estudio es que la función de organización nacional es fundamentalmente la misma en todas partes; suponemos ciertas características universales de la nación-Estado que la unen irrecovablemente al modernismo social experimentado hasta entonces en el mundo. Pero también suponemos que el carácter único de cada grupo cultural hará que las normas de desarrollo de la nación-Estado difieran en cada caso, y que la tecnología e ideologías cambiantes en el mundo causarán también características especiales en los países emergentes, según cuándo empiece a evolucionar cada uno y la duración del proceso. Nuestra labor primaria, pues, es obtener una definición de nacionalismo según sus funciones básicas y aislar los demás niveles de generalización que varían con el tiempo, el lugar y la cultura.

Aunque el procedimiento más racional parecería ser empezar inmediatamente con la definición, esta obligación será más fácil de cumplir una vez que intentemos reconocer claramente y controlar las muchas tendencias emocionadas en torno al tema.

/Nacionalismo...

Nacionalismo .., "¿maldición o bendición?"

Todos los países económicamente subdesarrollados, atrapados en el torbellino de las revoluciones de modernización, tarde o temprano alimentan alguna clase de sentimiento nacionalista. Pero la sola universalidad de ocurrencia no es suficiente para justificar la selección del nacionalismo como zona crucial de estudio, porque todos los países en desarrollo también cambian sus instituciones, su economía, la naturaleza de sus ciudades, su esquema diario de actividades humanas, el contenido de sus creencias religiosas, su estilo de vestir y hablar. Nuestra responsabilidad, si este estudio ha de ser más que meramente descriptivo, implica hacer por lo menos razonable el argumento de que el nacionalismo es intrínseco al proceso de desarrollo, que desempeña una función estratégica en una clase y fase particular de desarrollo y que, como se ha dicho, parte de su naturaleza permanece por doquier invariable, estructural y funcionalmente. Debemos cumplir esta obligación no sólo para justificar nuestra elección de este tema en vez de algún otro de los aspectos universales del desarrollo, sino también para separar la zona dentro de la cual deben apartarse los hechos y lo que pertenece a la legítima diferencia de opinión.

La mayoría de las definiciones de nacionalismo que contienen implícita la aprobación o desaprobación, son solamente declaraciones parciales sobre el tema. Especialmente difíciles de tratar son las aparentemente neutrales y que saltan de la objetividad a la opinión sin advertencia al lector. El primer tipo de dificultad, la definición muy limitada con tono negativo, es demasiado habitual. Los puntos de vista más comunes de que el nacionalismo es meramente "nacionalismo económico" implican autarquía, expropiaciones, barreras tarifarias aislantes, y estatismo. Así se dice que "el nacionalismo es el enemigo de la empresa privada" o que "las políticas nacionalistas obstaculizan el flujo del capital". Y sin embargo, el sistema nación-Estado de Occidente es la fuente de la mayoría de las inversiones de capitales y los nativos de esas naciones-Estados son los empresarios más importantes.

Tonos de reprobación similares, resultantes del uso de sólo una parte del concepto total, surgen de las declaraciones políticas y sociales restringidas sobre el tema. La inquietante xenofobia de muchos nacionalistas es un objetivo y la susceptibilidad a la ingenua ceguera de quienes siguen políticas "nacionalistas", o en este caso exclusivistas y mesiánicas. Estos juicios conciernen a los ideólogos y a estilos de nacionalismo, y si el nacionalismo fuese sólo ideología y estilo no habría motivos de disputa.

/Por otra

Por otra parte, la mayoría de los partidarios sin discriminación del sentimiento nacionalista son de regiones subdesarrolladas actualmente en transición. El punto de vista más simple de los defensores del nacionalismo es el del legalismo ordinario, la creencia de que el nacionalismo es equivalente a la independencia política de la forma colonial u otras más encubiertas de dominio extranjero, y por lo tanto es bueno. Una forma de aprobación mucho más sutil se basa en la noción de una mística, de una conciencia nacional que aguarda para saltar a la liberación con la mera erección de los medios institucionales necesarios para su transporte a un deslumbrante presente y un futuro aún más glorioso. Las construcciones metafísicas de este tipo no son ajenas a las naciones ya desarrolladas, por supuesto, no sólo como manifestación histórica sino también como fuente del refuerzo emocional actual. Constituye poca diferencia para la intensidad de tales puntos de vista místicos que se considere que estas fuentes de ser nacional fluyan de Dios o meramente de las almas de los hombres. Estas opiniones derivan de una combinación de conceptos simbólicos ideológicos, religiosos y formalmente políticos que por su complejidad también descuidan ciertos aspectos funcionales vitales del nacionalismo.

Rupert Emerson expresó sucintamente el fantasma del nacionalismo como la franca manifestación del "alma" implícita del pueblo 4/:

"Por doquier los nacionalistas están por definición en la vanguardia de los movimientos nacionales y se supone que tienen un conocimiento más agudo de su existencia que el hombre común, pero también se supone que su papel no es el de crear la nación sino llevarla a su conciencia de tal. La nación es como un gran hecho histórico; requiere solamente las circunstancias apropiadas y el llamado de los líderes para entrar en la acción política. La tarea de los hombres de Alemania a mediados del siglo XIX, o de Meiji, Japón, o Egipto a principios del siglo XX, no fue forjar elementos dispares en una entidad hasta entonces no existente, sino dar total expresión al sentido profundamente latente de comunidad nacional que habían producido generaciones que vivieron juntas. En Africa este enfoque de la causa nacional es en gran parte una ilusión. Podría argumentarse, exagerando muy poco, que las naciones existen sólo en las personas de los nacionalistas, puesto que son los únicos que han llegado más allá de los horizontes de las tribus y tienen un sentido más amplio de la sociedad en la cual viven. La masa de la población en cuyo nombre continúan hablando sigue dividida en tribus unidas débilmente, si lo están por el lenguaje, la religión, la cultura, o que comparten la experiencia histórica. El único aspecto común en sus vidas ha sido la breve sujeción a las normas europeas, y esto, para la mayoría, con frecuencia ha carecido virtualmente de significado en cuanto a una vida común..."

/ Pero no

Pero no sólo los pro y antinacionalistas nos confunden. Los más sofisticados eruditos que escriben sobre el nacionalismo suponen naturalmente que el tema puede ser tratado con objetividad y muchos de ellos han logrado admirables resultados. Sin embargo, cuando estos mismos autores se han permitido con cautela expresar opiniones de valoración, con mucha frecuencia descuidaron algunos aspectos vitales de sus conclusiones normativas. El resultado es que juzgan las distintas manifestaciones del nacionalismo en un solo nivel de crítica. Hans Kohn, por ejemplo, tuvo que decir sustancialmente lo mismo del nacionalismo en varios textos diferentes, ofreciendo juicios muy valdaderos referentes a fragmentos del fenómeno, que sin embargo, no deben extenderse al tema en conjunto:

"El nacionalismo de por sí no es bueno ni malo, como no lo son el capitalismo, el socialismo o el imperialismo. Sería desastroso para el pensamiento racional y la libertad individual considerar la revisión del nacionalismo o capitalismo como un preludio a una justificación sofisticada de explotación o dominación ...".

Sin embargo, el profesor Kohn, al intentar una distinción histórica entre nacionalismos en diferentes etapas de desarrollo, decía antes en el mismo artículo:

"Así el nacionalismo se ha convertido en una poderosa amenaza política, no sólo para la paz internacional sino también para la libertad humana, quizá la amenaza más poderosa porque el nacionalismo en nuestros tiempos supera por lejos otras apelaciones a los sentimientos humanos - llamados sociales o religiosos - por su impacto sobre las masas y los individuos. El marxismo comunista, originalmente un movimiento anacional y antinacional, lo tuvo en cuenta y últimamente ha desarrollado una nueva clase de nacionalsocialismo. Actualmente el nacionalismo desata fuerzas que profundizan antagonismos y los consagran mediante apelaciones a un pasado idealizado y sobresentimentalizado. Así el nacionalismo ha tendido a ser lo que no fue originariamente, una amenaza a la libertad individual y a la universalidad de la cultura humana" 5/.

La histórica discriminación del profesor Kohn es discutida por la obra de Carlton J.H. Hayes, también distinguido colaborador a la historia del tema, y también muy perturbado por las derivaciones negativas del nacionalismo. Este ha escrito: "No tenemos el valor de declarar si el nacionalismo como proceso es una maldición o una bendición. Hemos leído suficiente historia para volvernos tímidos, si no humildes, en cuanto a aprobar el

/juicio moral

juicio moral... sobre los grandes y muy prolongados procesos históricos" 6/.
El profesor Hayes se permitió añadir luego:

"Pero el nacionalismo como credo pertenece a otra categoría. Para cualquier pensador, con la sola excepción del incalificado fatalista, es tan adecuado criticar el nacionalismo de esta clase como cualquier otro credo popular, sea el cristianismo, el socialismo o el liberalismo... Ese nacionalismo es como un popular credo contemporáneo acerca del cual formulamos el interrogante, ¿es maldición o bendición? Y... afirmaríamos sin vacilar que, a juzgar por su intolerancia, militarismo y guerra, el nacionalismo, como el credo que hemos indicado, es el mal y debe ser maldecido... y curado".

Como lo aclaran los profesores Kohn y Hayes, el control de los criterios de valoración depende del rigor con que se define el nacionalismo en sus partes constituyentes y de las diversas maneras en que esas partes se combinan en un todo. Hasta su análisis refinado otorga un sobrecogedor tono de condena que contradice sus protestas y afecta a nuestro sentido común. Es ridículo decir que las revoluciones nacionalistas no pueden ser contenidas para siempre y que por eso deben ser apoyadas y guiadas si es posible. ¿Debemos suponer que la tendencia hacia la organización nacional en el mundo subdesarrollado es una especie de manifestación del pecado original, incontenible e inevitable, pero indeseable? Si el creciente nacionalismo de los subdesarrollados es intrínsecamente malo, la humanidad por doquier parecería apresurar su destrucción, las naciones desarrolladas con sus nuevas armas y las subdesarrolladas simplemente porque tratan de convertirse en naciones. Sin embargo es muy distinto decir que los criterios de valoración concernientes al nacionalismo se basarán en criterios muy explícitos de "bondad" y "maldad", consideraciones de tiempo, lugar, y otras circunstancias especiales, y una indicación muy precisa de las muchas dimensiones del tema. Condenar el nacionalismo como un todo en sus manifestaciones contemporáneas es hacer impotentes a las naciones desarrolladas en su trato con los países que surgen; apoyar sus ímpetus nacionalistas es por definición ser retrógado; combatirlos es embarcarse en la bárbara violencia, no extraña a nuestro siglo pero no obstante cada vez menos aceptable. Argelia, Hungría y otros ejemplos revelan que la violencia y la represión civil evidentemente no son imposibles para nuestro mundo, pero cada vez más difíciles de justificar y de mantener como política gubernamental de largo alcance.

Tomadas en su totalidad, las actitudes de los eruditos hacia el nacionalismo están matizadas por el alcance del estudio de cada uno. Quienes trabajan en los países subdesarrollados tienden a destacar los aspectos

/afirmativos del

afirmativos del nacionalismo para elaborar la unidad social. Otros, que se dedican a los países industrializados y a la historia del nacionalismo, se inclinan a destacar las influencias divisorias de la nación dentro de la creciente necesidad de cooperación internacional.

Hacia una definición del nacionalismo

La labor de definición es rechazada por algunas personas como conducente solamente a un estéril desacuerdo; afirman que es preferible tomar como supuesto una zona no expresada de acuerdo conceptual sin correr así el riesgo de perder tiempo en discutir ideas abstractas en vez de avanzar en el análisis de los datos concretos. No puede negarse que la teorización social a veces se dedica a poco más que la construcción soñadora de maneras personales de considerar el mundo. Pero, sin embargo, la labor de definición se nos impone precisamente porque en este volumen hemos hecho estudios de tantas diferentes zonas culturales en torno al mismo problema que si no se aclarasen las ideas de organización la síntesis sería a su vez una labor de instinto y no de razón.

Otro motivo para buscar la definición es que el nacionalismo no se inclina fácilmente al "acuerdo conceptual común", como lo revela claramente la consideración previa de las opiniones sobre el nacionalismo. Y si hasta los juicios teóricos son dejados de lado y se consideran sólo las declaraciones "fácticas", lo que una nación es no se revela con suficiente precisión para satisfacer las demandas comparativas de esta obra, y menos aun los requerimientos de los políticos que a veces deben llegar a decisiones muy sensibles referentes a la relación entre las actividades de los nacionalistas, la prevalencia de sentimientos nacionalistas y la existencia de una nación social.

"... no hay verdadero acuerdo acerca de lo que es una nación. Nadie ha logrado hacer una definición intocable en el sentido de que... enumere los elementos constituyentes de las naciones que conocemos de manera de diferenciarlos satisfactoriamente de otros tipos de comunidades en las que los hombres han vivido intensamente a través de los siglos. Podemos confiar generalmente en conocer una nación cuando la vemos, pero si consideramos las limitaciones de nuestro conocimiento debe reconocerse que con demasiada frecuencia la determinación de que una nación existe puede hacerse solamente después del hecho, cuando la nación ha emergido madura y queda poca duda de su existencia y de que debe tenérsela en cuenta..." Z/.

/A pesar

A pesar de las dificultades y confusiones, sin embargo, hay muchas convenciones sobre las definiciones. Una de las maneras más utilizadas para salir de la impasse de la terminología es decir que el nacionalismo es un sentimiento, una idea, una actitud, un momento emotivo, una manera de pensar, o alguna otra expresión para indicar la naturaleza amplia del tema, sin verse forzado a mayor especificación de sus complejidades como elemento dinámico en ciertos tipos de organización social. Una expresión relativamente directa de este punto de vista se halla en la declaración de que: "El nacionalismo es más un sentimiento que un sistema de pensamiento" 8/, por ejemplo. Pero este punto de vista no se adecua a nuestro objetivo. Decir que algo existe como sentimiento o idea y agregar luego rápidamente que esto conduce a la franca acción política, descarta la prueba de la relación. Hallar cómo el nacionalismo se desarrolla como idea y acción, dónde está en el orden de los acontecimientos sociales y cuáles pueden ser sus componentes y tipos de manifestaciones, requiere una clase diferente de definición. Aun cuando el nacionalismo como idea se delinea en la complejidad anatómica de la siguiente cita, no responde a los requerimientos del análisis funcional:

"...una nación legal y política es un grupo de personas determinadas ubicables en el espacio-tiempo de la naturaleza, cada una con un nombre propio nominal, que han captado, en los circuitos reflejos jerárquicamente ordenados de sus cerebros, impulsos persistentes de sus equivalentes fisiológicos formales y analíticos, que son por postulado correlativos epistémicos de los conceptos y proposiciones elementales o postulados de una filosofía común consciente o encubierta a la cual se han encomendado y de la cual pueden o no estar introspectivamente conscientes. Por eso, para saber qué es una nación particular, el método descriptivo de antropología filosófica debe determinar, de manera empíricamente confirmable por cualquiera, su filosofía común de alta frecuencia" 2/.

Un paso hacia la complicación útil es el que dan los autores que se apartan de la premisa del nacionalismo como idea, y tratan de la complejidad del concepto mismo en vez de volver inmediatamente a sus presuntas francas manifestaciones. Hayes, por ejemplo, dice 10/:

"La nacionalidad siempre ha existido. El patriotismo existe desde hace mucho, aplicado a una lealtad o extendido a un imperio. Pero la fusión del patriotismo y la nacionalidad y el predominio del patriotismo nacional sobre todas las demás lealtades humanas... es nacionalismo..."

/Otro ejemplo,

Otro ejemplo, que ahora extiende la noción de idea al reino de la acción, es ofrecido por Rupert Emerson, quien dice: "Reducido a lo íntimo, el nacionalismo es sólo la aserción de que cierta comunidad está dispuesta contra el resto de la humanidad" 11/. Este tipo de postulado empieza a ser útil para nuestro objetivo particular, porque es un ejemplo del vínculo funcional de las actitudes con las acciones que nos ocupan, de manera que podemos entonces pasar a los mecanismos institucionales para ordenar la relación actitud-acción que estudiamos.

Algunos autores intentaron manejar esta relación anotando una serie de características nacionales e indicando luego su expresión institucional. Uno de estos autores 12/ anota diez características básicas, acotando que la lista no es definitiva. La nación en esta definición abarca "cierta unidad definida de territorio", características culturales comunes, como el lenguaje, las costumbres, etc.; "algunas instituciones comunes dominantes sociales... y económicas...; un gobierno soberano o por lo menos el deseo de tenerlo"; "la creencia en una historia común" y "un amor o estima por las demás naciones", "una devoción a la entidad denominada la nación" y un orgullo común por su obra, así como un sentimiento de exclusividad y una esperanza común para el futuro. Esta construcción es difícil de manejar porque no indica orden de importancia, y las categorías son desiguales en cuanto a su nivel de generalidad.

Una dificultad muy grande de todas estas síntesis de las características nacionales descriptivas es que tienden a la conclusión de que "el nacionalismo es lo que han hecho de él los nacionalistas". Pero esta afirmación es tan limitada que resulta inútil para los estudios de desarrollo social: implica que una nación existe si los nacionalistas así lo dicen. Aceptar la última equivalencia entre los nacionalistas y la nación es una abdicación de responsabilidad del investigador, porque los nacionalistas pueden existir en ausencia de una nación. Y además, no debemos sucumbir a la conveniencia de suponer que la autodefinición es definición absoluta. Lo que un nacionalista dice que es una nación, puede ser sólo una colección de chozas de barro. Los análisis y predicciones deben originarse en penetraciones dentro del tema en observación y por supuesto toman en cuenta la autovaloración; pero la definición se origina en la razón como superimposición conceptual, ejercicio de la ciencia.

Cualesquiera sean los méritos de los aportes individuales al tema, el acuerdo general es que el nacionalismo concierne a ciertas clases de características y sentimientos comunes y más limitadamente a la acción común,

/casi siempre

casi siempre con relación al Estado. Algunos autores, como Hayes, identificaron el nacionalismo como correlativo a la emergencia de una clase media; y E.H. Carr, en su diminuto pero monumental Nationalism and After 13/, desarrolló un esquema maduro de la relación entre nacionalismo y estructura de clase. Escritos más recientes han intentado vincular el poder a la clase, a las instituciones, a las actitudes para describir el nacionalismo como función y artífice social en vez de una idea mística o una serie de características epidérmicas. Una de las más importantes y aptas de estas declaraciones es, nuevamente, la de Emerson 14/:

"La nación actualmente es la mayor comunidad que, en momentos de peligro, comanda efectivamente la lealtad de los hombres, superando las demandas de las comunidades menores dentro de ella y de las que se oponen o potencialmente la incluyen en una sociedad más grandes, llegando por último a la humanidad como un todo. En este sentido la nación puede denominarse una "comunidad terminal", implicando que es para el objetivo actual el extremo del camino para el hombre como animal social, el extremo de la solidaridad entre los hombres..."

Favorecidos por abundante literatura e impulsados por la política mundial a ocuparnos del tema del nacionalismo relacionado con el problema general del desarrollo, hemos buscado un concepto que no violase la experiencia europea, fuese adecuado a las actuales naciones emergentes y contribuyese al estudio de la política comparativa en virtud de su aplicación posiblemente universal. También necesitábamos un concepto que pudiera ajustarse a las diversas maneras en que ha sido funcionalmente tratado el nacionalismo para no perder el beneficio de la gran investigación ya realizada. Todos los estudios del nacionalismo parecen tender a ser incluidos en uno o más de las cuatro categorías generales siguientes:

1. El nacionalismo como concepto jurídico formal, se refiere a las relaciones legales entre los individuos y el Estado (ciudadanía, nacionalidad, discriminación étnica y religiosa legalmente impuesta, proscripción política, etc.) y entre Estados internacionalmente (abarca problemas jurídicos de soberanía, demandas irresueltas, etc.). Esta categoría será sólo de interés marginal para nosotros, aunque ciertos aspectos necesariamente aparecen relacionados con temas como los de disputas de fronteras, como en el caso de Perú y Ecuador y el problema de definir los límites físicos de la nación-Estado, o en problemas raciales como sucede en los mismos EE.UU.

/2. El nacionalismo

2. El nacionalismo como concepto simbólico, la cantidad de símbolos patrióticos que incluyen características culturales comunes como el lenguaje, la vestimenta y los hábitos alimenticios y la expresión de respeto hacia el ambiente familiar, la bandera, etc. El patriotismo como amor por lo familiar no es nacionalismo, por supuesto, pero los símbolos de una herencia común y los elementos efectivos que llevan infunden nacionalismo con mucho de su contenido emotivo.

3. El nacionalismo como ideología, el pensamiento político concerniente a lo que fue la nación, a lo que es y lo que debe ser y los medios a emplear para buscar las metas nacionales y para discriminar entre el poder del Estado y los derechos del individuo.

4. El nacionalismo como valor social, la norma que define la lealtad debida a los conciudadanos y a los mandatos del Estado; es el consentimiento tácito extendido a las actividades del Estado dentro de la sociedad nacional y el "sentimiento" interno de comunidad nacional. Este básico valor social es normalmente muy profundo entre los ciudadanos de las naciones-Estados establecidos, reforzado por la enseñanza familiar, la educación pública y las diarias expectativas de nuestros pares.

La reducción a estos cuatro componentes nos conduce a nuestra declaración central sobre el tema: el nacionalismo es la aceptación del Estado como árbitro impersonal y último de los asuntos humanos. Esta declaración debe parecer al principio muy sencilla y tal vez sugiera totalitarismo. Sin embargo, lo que señalamos es el núcleo del nacionalismo: el establecimiento de una zona de vida secular regulada por una institución social ante la cual todos los hombres son iguales, por lo menos en cierto sentido público. Este aspecto de la nación-Estado hace únicos los sistemas nacionales y los diferencia de las demás sociedades. Por tosca que pueda parecer al principio esta definición sus derivaciones son vastas. El enunciado describe una función: la conciliación de disputas. Se refiere al Estado como el medio institucionalizado para que el poder cumpla esa función. La necesidad de la leal participación de la ciudadanía dentro de una comunidad explícita que crea el poder de consenso necesario para la función primaria del Estado se indica en la palabra "aceptación". Y la definición dice que la función debe ser ejercida "impersonalmente" - en una apreciable extensión territorial y cruzando anchas líneas de clase, en los casos extremos pasando por encima de las lealtades primarias a la familia, la religión y otras áreas competitivas de identificación-. La nacionalidad, el patriotismo, la ideología, y los valores sociales pueden reflejar esta situación nacional, la voluntad de permitir que una institución política resuelva ciertas disputas y aceptar las soluciones como si fuesen definitivas... es decir, hasta el momento en que puedan ser cambiadas dentro de la misma política, sin quiebra institucional.

/Esta definición

Esta definición de nacionalismo no está en conflicto con la mayor parte de lo que ya se ha citado; sin embargo, difiere en su nivel de generalidad y en lo explícito de su aplicabilidad a los procesos de desarrollo social y político. La originalidad de la sugerencia reside pues sólo en la manera de organizar puntos de vista que serían muy convencionales y en la atribución de diferentes órdenes de funcionalidad a los diversos elementos implícitos e implicaciones de la declaración.

Todos los casos considerados en esta obra abarcan la cultura humana en uno u otro grado de emergencia a la existencia nacional. Observamos lo que indudablemente es un acontecimiento mayor en la vida del pueblo, una profunda revolución que incluye no sólo banderas y constituciones, sino reorientaciones básicas de actitudes, conducta y normas éticas. El cruce de la frontera de la organización tribal o feudal - y a veces de los dos juntas - en los gobiernos nacionales señala un cambio fundamental en la condición humana, un reordenamiento de las clases sociales y el agregado de nuevos significados a la posición de clase, y nuevas actitudes referentes a la ubicación de cada uno en el mundo social y las posibilidades que tiene allí, así como nuevas jerarquías de valores y lealtades. Esta Gran Transformación es intensamente sentida en su enorme magnitud por quienes la experimentan; el observador no puede menos que crear conceptos explicatorios que permitirán captar en el papel algo de la excitación de esta metamorfosis en las vidas de las sociedades y seres humanos.

El desarrollo de la sociedad moderna ha sido examinado muy frecuentemente por los economistas, por otros dentro de una estructura religiosa y de actitud y a veces hasta en términos mágicos. Hemos escogido hacer girar el tema sobre su eje y examinar los cambios que introduce el modernismo según las relaciones entre las actitudes, valores, ideologías, y la conducta pública de los individuos, y las instituciones sociales a las cuales ceden y conceden poder extendiendo a las mismas e invirtiendo en ellas sus lealtades expectativas y obediencia. La función positiva del nacionalismo es ordenar esta serie de relaciones, construyendo así expectativas razonables y normas de seguridad en el complejo mayor que es el modernismo social. Pero los aspectos negativos del nacionalismo, los crecientes peligros que surgen del poder público ampliado, a veces oscurecen su razón básica de existir, no sólo para el erudito sino, lo que es más importante, para los líderes políticos que pueden destruir la cohesión de las sociedades nacionales en nombre de ideologías falsamente nacionalistas al servicio de tortuosos intereses.

Pero el juicio debe surgir del debate de las manifestaciones del nacionalismo como lo vemos aquí, como en el caso de las definiciones citadas antes.

/Los aspectos

Los aspectos más importantes del tema del nacionalismo para nuestro objetivo son los problemas de los valores e ideologías sociales. Presumimos que el contenido simbólico dependerá de los otros dos factores, los medios para su franca expresión en la vida diaria, mientras la nacionalidad mantiene su expresión en términos específicamente legales. Examinemos entonces los valores e ideologías nacionales con cierto detalle para explicar luego los conceptos de organización que hay en esta obra.

El nacionalismo como valor social

Aquí está la clave del problema, la manera en que un pueblo ve su mundo. La razón por la cual el nacionalismo ha sido hasta ahora inevitable compañero del modernismo total es nuestro tema. La capacidad y la disposición a aceptar la autoridad civil en el último refugio de la disputa secular es un atributo necesario de cualquier grupo de personas que pretende para las complicaciones de la industrialización, niveles de elevado consumo, y, en síntesis, todo aquello que el mundo denomina desarrollo. Así como en mentes empíricas no puede invocarse la magia para explicar los laberintos de una carta que indica las lluvias, las orientaciones tribales y de valor tradicional son inútiles para ayudar al hombre a hallar su camino a través de las predicciones necesarias a la vida en países en los que se necesita veinticinco años para preparar un médico y en los cuales un entorpecimiento en el sistema de distribución de energía eléctrica puede significar literalmente la muerte. La aceptación de la creencia de que una institución humana debe proclamar "la verdad intermedia y relativa" para asegurar la continuación de un ciclo de actividades humanas interdependientes debe señalar toda la amplitud de la vida social del individuo, de los asuntos familiares a la religión, a la ocupación, a las identificaciones de clase. Se involucra un esfuerzo de voluntad e imaginación no invocado por las demandas de la sociedad tradicional y considerado como tarea del diablo por muchos tradicionalistas.

El criterio primario usado para distinguir entre la organización tribal, tradicional y nacional, se refiere a las normas de identificación que unen el individuo con su contextura humana. Nos referimos a lo que las personas "ven", cómo consideran su papel individual en la colectividad y qué entienden por esta sociedad completa. El hombre de la tribu no va generalmente más allá de las relaciones cara a cara, excepto en ciertas esferas económicas limitadas. Luego salta a los conceptos sobrenaturales, y tiende a mezclar de manera íntima lo mundano y lo religioso. Aunque esto no es completa y universalmente cierto para todos los sistemas tribales,

/constituye un

constituye un tipo ideal de trabajo bastante seguro. El hombre tradicional va más allá de estos estrechos horizontes, especialmente al ver una división más racional entre lo particular y lo universal. Puede pensar en agrupaciones humanas físicamente extendidas y ver una serie de sucesos humanos muy ordenados que se sumergen en lo sobrenatural de acuerdo a postulados filosóficos a veces extremadamente especulativos. Se recordará que la escuela de pensamiento universal floreció durante el período del Imperio Romano y persistió durante la era del feudalismo europeo, interrumpido finalmente sólo por la procesión familiar de ciudades-Estados, el Renacimiento y la Reforma, Maquiavelo, el mercantilismo y el surgir del sistema nación-Estado europeo. La persona tradicional no "ve" utilidad o justificación ética en aceptar la verdad relativa, especialmente como lo prescribe una institución social impersonal. Continúa conservando su primaria lealtad mundana a sí mismo, su familia, sus pares inmediatos y posiblemente a ciertos sectores de ocupación y de clase. Sus puntos de vista sociales son universales y también las apreciaciones absolutistas del hombre y su condición terrena, sea o no formalmente religioso. La posición social es así un fenómeno ordenado; la discordia pública debe necesariamente ser controversia religiosa. Por esta razón el conflicto Iglesia-Estado fue inevitable concomitante del crecimiento de la secular nación-Estado en Europa.

Por el contrario, se espera que el hombre moderno "vea" a través de las fronteras de clase y que se identifique en un sentido real, activo, con el complejo total de su cultura nacional, demostrando su "lealtad" a los demás por su disposición a aceptar en el ínterin soluciones eclécticas a los problemas, sin imponer medidas universalmente absolutas. Así inventa la idea de "el régimen de la ley". Esta clase de persona debe aceptar necesariamente la noción de que la verdad activa es sólo una aproximación y que el empirismo y el pragmatismo son una parte necesaria de la vida en una sociedad moderna muy estratificada.

Una persona implicada en la transición de la sociedad popular y tradicional a la moderna debe experimentar profundos cambios de actitud si como individuo - y no solamente como el grupo - ha de sobrevivir en forma evolucionada. Robert Redfield, en su The Primitive World and Its Transformations 15/ al considerar qué es universal en los puntos de vista mundiales de todos los pueblos, dice: "... probablemente se puede afirmar que entre los grupos de gente en cada sociedad siempre hay algunos que distinguen a quienes son mi gente o son más mi gente, de quienes no son tanto mi gente. La diferencia Nosotros-Ellos, en alguna forma, dispone los elementos humanos en el escenario universal". Este sentimiento de "dentro del grupo" versus

/"fuera del

"fuera del grupo" sufre una transformación fundamental en el proceso de modernización; aunque el sentimiento persista, su naturaleza cualitativa cambia por la inclusión de colectividades de personas que nunca verá el individuo, con quienes nunca conversará, y a quienes nunca tocará físicamente. El ciudadano de la nación-Estado toma conciencia de sus conciudadanos como parte de su mundo personal, triste o animosamente se prepara para defenderlos con su vida si fuese necesario, dispuesto a depender de su continuada performance para la satisfacción de sus propias necesidades y sabiendo, por lo menos tácitamente, que a su vez dependen de su continuo cumplimiento con un convenio que no le da ningún beneficio y del cual puede estar apenas enterado.

Este cambio psicológico-social ha sido claramente descrito en un estudio reciente acertadamente titulado The Passing of Traditional Society 16/.

"... la empatía (es) ... el mecanismo interno que permite a las personas que recientemente han adquirido movilidad, operar eficientemente en un mundo cambiante. La empatía, para amplificar, es la capacidad de verse en la situación del otro. Es una habilidad indispensable para quienes dejan su sede tradicional..."

"... la elevada capacidad empática es el estilo personal predominante : sólo en la sociedad moderna, que es industrial, educada, instruida y participante. La sociedad tradicional es no-participante - despliega gente por parentesco en comunidades aisladas una de otra y de un centro... desarrolla pocas necesidades que requieren interdependencia económica; al carecer de los lazos de la interdependencia, los horizontes de la gente están limitados y sus decisiones sólo abarcan a otras gentes conocidas en situaciones conocidas. Por lo tanto, no hay necesidad de una doctrina común transpersonal formulada en términos de símbolos secundarios compartidos - una "ideología" nacional que permite a personas desconocidas entre sí embarcarse en la controversia política o lograr el "consenso" comparando sus opiniones..."

El nacionalismo es más que "empatía" o sentimientos "dentro del grupo" versus "fuera del grupo". Al depender de los dos, el nacionalismo también describe la manera en que estas actitudes sirvan para ampliar el poder de instituciones sociales dadas. Y a su vez, las instituciones empobrecidas requieren que se mantengan las mismas actitudes - o por lo menos que fluya la acción como si fuese así - para que pueda asegurarse la continuidad de la comunidad nacional. En otras palabras, la empatía extiende el ámbito del grupo

/ "nosotros".

"nosotros". Las relaciones sociales ampliadas son reguladas en último análisis por el Estado, cuyo poder expandido para ordenar y obligar a cumplir deriva de la fuerza de las mayores normas de identificación social. El nacionalismo, en cierto sentido, es la potencia de reflexión institucionalizada de la "empatía", constituyendo ambos requerimientos de la capacidad de seguir un moderno estilo de vida. Esta función primaria del nacionalismo es un aspecto inevitable del desarrollo y puede ser usada como definición operativa del desarrollo social y político.

Nacionalismo, clase y desarrollo

La estrategia de elegir el nacionalismo para estudiarlo en este período del desarrollo humano está indicada por las maneras en que se relacionan el desarrollo económico, la clase y la cohesión social. Los procesos de desarrollo necesariamente implican consecuencias de clase. Aunque optamos por basar nuestras definiciones de la sociedad tribal, feudal y moderna, en el grado de identificación social que abarca cada uno, el modo clásico de análisis hubiera sido discutir fuera de las diferentes estructuras de clase. Las sociedades tribales se ven normalmente como ocupacionalmente estratificadas, pero están formadas, en esencia, por una clase social. Siempre se dice que las sociedades feudales se caracterizan por una estructura esencialmente biclase, mientras la sociedad moderna incluye un sistema triclase también convencionalmente aceptado. Cualquiera sea el concepto de clase usado - sin negar su existencia, por supuesto - ninguno discutirá la conclusión de que el modernismo implica una estructura social diferente del tradicionalismo.

La clase es generalmente un factor divisorio en la sociedad, un efecto que no está en contradicción con los órdenes inferiores de cohesión que también produce 17/. La división implica diferenciar sectores de interés y por lo tanto el desacuerdo y el conflicto. Pero es un hecho empírico que a pesar de la existencia de cisma de clases, las sociedades con frecuencia no se destrozan por las diferencias resultantes. Lógicamente, entonces, se debe deducir que hay ciertos valores y metas en común que unen a las sociedades pese al choque de intereses. Cuanto más interdependiente y extendida sea una sociedad, tanto más tenderán los elementos cohesivos a estar bajo control humano, de naturaleza secular, racional y empírica. Podemos seguir la progresión de la naturaleza mágica de la ciencia tribal, a la mezcla verticalmente jerárquica de lo moral y lo público de lo tradicional, y a las relaciones éticas plurales complejas y seculares de las sociedades contemporáneas. Cada serie de sistemas de clases demandará su serie opuesta de

/valores cohesivos;

valores cohesivos; puede haber demoras en el ajuste de valores a la clase, pero donde esto ocurra las sociedades estarán perturbadas y serán inestables, propensas a irracionalidades y a la violencia.

Por supuesto sugerimos que el nacionalismo como valor social ha sido la mayor fuerza cohesiva dentro de cada sociedad moderna y que su existencia en las zonas subdesarrolladas es una parte necesaria del proceso de desarrollo que con mucha frecuencia anticipa la estructura de clase social, que es su único apoyo y su única y última legítima razón social de ser.

Pero siempre existen defectos de coordinación entre los sistemas de valores, las ideologías y las instituciones sociales, especialmente en las sociedades en desarrollo, porque el subdesarrollo es también invariablemente desarrollo desigual. El crecimiento asincrónico crea problemas especiales de estabilidad política, movilidad social, desarrollo económico e interpretación ideológica. Hay casos en los cuales el desarrollo económico ha sobrepasado el desarrollo social, o la creación de una serie coherente de valores de coordinación e integración de la sociedad como un todo. Hay muchos ejemplos en el mundo actual en los cuales la integración nacional está en un nivel muy bajo mientras las ideologías del nacionalismo florecen en salvaje e ilimitada profusión. Podemos ver, sin embargo, otros casos de países en los cuales el proceso económico y la formación de estructuras de clase ocupacionalmente modernas han llegado lejos mientras la supervivencia de tenaces ideologías tradicionales y sistemas de valores impiden cualquier otro movimiento. Ya no hay duda de que en un lapso de cincuenta o cien años los impulsos que acompañan al desarrollo pueden conducir a una gran variedad de diferentes ajustes al cambio, algunos estériles y autoderrotistas, y otros, semilleros de futuro desarrollo.

En la teoría del desarrollo económico con frecuencia lo social es enfocado con tristes meneos de cabeza por la resistencia de las personas al cambio ocupacional. Han proliferado los estudios de la obstinación de los individuos que aceptan actitudes conducentes al desarrollo, de empresarios recalcitrantes que no desean correr el riesgo de las empresas comercial capitalista y de ignorantes miembros de tribus que se oponen a la vacuna antivariólica. Muy pocas de estas investigaciones han inquirido si la sociedad, tal como se expresa mediante ideologías y élites gobernantes, está en condiciones de admitir personas en el juego nacional del poder que hagan germinar la semilla emotiva del modernismo. Una sociedad realmente dispuesta al cambio admitirá, en limitada participación, a todas las personas cuyos horizontes, aspiraciones y poderes han sido ampliados por la anticipación o la actualidad del cambio. No puede permitirse que la exclusividad de clase, el "interés de clase", o la

/ "conciencia de

"conciencia de clase" prevalezcan sobre intereses más generales de interclase a largo plazo, si la necesaria flexibilidad para el desarrollo relativamente directo y eventualmente autónomo permite evitar la violencia recurrente. Si la clase es la primera gran subcategoría analítica y realmente obtenida de un pueblo como un todo, se deduce que una sociedad que desarrolla la totalidad de una amplia escala de actividades humanas debe invocar y reforzar las identificaciones de supraclase al nivel de toda la sociedad. La invención del nacionalismo asigna esta función de refuerzo al Estado, en nombre de la nación. La solución organizada de la disputa interclase es pues un papel primario del nacionalismo en desarrollo que permite la construcción de extensos mecanismos de mercado y las predicciones necesarias para los mismos, convirtiendo en realidad la promesa social y política de movilidad ocupacional y aumentando el poder objetivo del mecanismo civil para imponer y regular el orden secular.

La extensión de la identificación nacional con frecuencia es detenida, sin embargo, y se convierte en lo que es esencialmente un fenómeno de clase en vez de un mecanismo supraclase. Nacionalismos selectos y limitados caracterizaron las incompletas naciones-Estados europeas de principios del siglo pasado, por ejemplo, hecho éste que sugiere que debiéramos buscar pautas contemporáneas similares de incompletud y una desigual incidencia de los placeres y sinsabores de la organización nacional. En los primeros años de las naciones europeas, el nacionalismo fue utilizado para unir a los grupos superiores y medios; los elementos sociales inferiores fueron excluidos de la participación activa en los asuntos públicos, de las oportunidades de ascender y de horizontes económicos más amplios.

"Las clases medias gobernantes, que eran las representantes del nacionalismo del siglo XIX, mantuvieron casi en todas partes, durante los años de mediados de siglo, un vivo temor de la revolución de abajo. Los derechos de propiedad eran apenas menos sagrados que los derechos del hombre y las funciones del estado democrático burgués - el "Estado de sereno nocturno", según la sarcástica frase de Lassalle - se ocupaban en gran parte de su protección. La propiedad ... era condición de derecho político y - podía decirse sin mucha exageración - social de la nación: el trabajador en este sentido no tenía patria.." 18/.

En lo que ahora parece la amplitud de un siglo, las sociedades de Europa occidental vieron que la expansión gradual de la nación social incluía niveles de todas las clases. Esto era inevitable. La tendencia a la industrialización, el desarrollo de la urbanización industrial, y la evolución tecnológica - especialmente en el campo de las comunicaciones - condujeron

a lo que Carr denomina la "socialización" de la nación, en contraste con su anterior "democratización" bajo el régimen tutelar de los grupos medio y superior. Por eso también las clases bajas querían tener su hogar, y ya no fueron movimientos revolucionarios de los que se podía presumir en un alegado "internacionalismo" de los desposeídos. Según Carr "la socialización de la nación tiene como corolario natural la nacionalización del socialismo" 19/. Las tareas de la nación ahora incluyen la seguridad social, el libre acceso electoral, la política para las masas, etc.

Los países en desarrollo ya no esperan que el proceso siga el camino "natural" recién descrito. Los trabajadores de las minas de cobre, que viven en condiciones semitribales, soportando la presión de sistemas de parentesco muy extendidos, y creyentes en la brujería, se organizan en gremios, sueñan con controlar la mina y adquieren conciencia de que - en la penumbra y a veces románticamente - por lo menos una manera segura de lograr el poder económico es aferrar el mecanismo político y sus medios de coerción subordinados. Como ya dijimos, el "nacionalismo popular" que las naciones actualmente desarrolladas abrazaron vacilantes y con desgano durante más de un siglo, irrumpe entre las nuevas naciones como un ideal inmediato, un imperativo político urgente, agudizado por las acciones de los líderes cuyas ambiciones derivan de los ejemplos del mundo desarrollado. Estas esperanzas no definen en la práctica las situaciones reales y posibilidades de muchas naciones emergentes o de las detenidas en un estado de incompleta integración nacional. Los ciudadanos "nacionales" de los países en desarrollo son invariablemente personas instruidas y de posición social media y superior. La "masificación" de la identificación nacional está fomentada por las características de nuevos procedimientos industriales, sistemas de comunicación y constelaciones ideológicas, pero la estructura de poder que dirige el complejo revolucionario permanece necesariamente no "masificada", como propiedad de los innovadores tutelares.

La ruptura de los vínculos coloniales, la destrucción del tradicionalismo, y el establecimiento de lo que hemos denominado "naciones socialmente incompletas" abarca una serie de crisis imponentes y a menudo altisonantes. Pero estas culminaciones no abarcan la compleja trayectoria del desarrollo nacional y podemos ver crisis de una segunda naturaleza, las que incluyen la emergencia del nacionalismo "popular". El fracaso en hallar medios adecuados para la completa extensión de los derechos y deberes de la vida, es un problema mayor en los Estados con más años de independencia que no han alcanzado estructuras económicas autónomas o una solución para los casos más difíciles de diferencias de clase. Este fenómeno es notorio en América Latina, cuyas repúblicas son

/independientes del

independientes del control colonial hace 150 años, pero donde las crisis políticas aún se agitan en torno a muchos problemas característicos del autoritarismo tradicional y no del mundo moderno. Grupos tribales, feudales y contemporáneos modernos continúan coexistiendo en América Latina; toda división ulterior es complicada por la disparidad étnica en la mayoría de las repúblicas.

"Parece ser bastante visible que una vez iniciada la industrialización, cuando hay un "despegue" industrial según la acepción que le da Rostow, el crecimiento urbano, el sistema de clase, y una filosofía política nacionalista también son socios evidentes en este proceso...

En efecto, la cohesión, las clases y la ciudad son aspectos del mismo complejo social". 20/

Pero cuando una sociedad es desigual o se desconoce el valor de uno de los resultados son lamentables. La serie de gobiernos militares y golpes recientemente producidos en Asia y Medio Oriente, con frecuencia justificadamente comparados con la práctica latinoamericana, se relaciona en todos los casos con el surgimiento de grupos selectos que afrontan el problema de compartir su poder, si eventualmente han de conducir verdaderas naciones, y la posibilidad de perder su casi-monopolio de poder si decidieran compartirlo. Es un gran problema en algunos países cómo mantener una velocidad suficiente de desarrollo nacional para satisfacer los requerimientos del desarrollo social y económico y no caer en la demagogia suicida y en el insoportable "populismo" anticipado. En otros el problema consiste en cómo impedir que la industrialización incremente el poder de ciertos grupos al punto que puedan osar esforzarse con todo su potencial y no dejen que el desarrollo económico continuado conduzca a una mayor participación popular social y política en los beneficios del nuevo mundo.

La "socialización del nacionalismo" tiene sus peligros. Como en los tiempos de los Mills, Montesquieu, Tocqueville y los demás pensadores de las primeras épocas de la nación-Estado restringida, persiste el problema de cómo controlar un Estado henchido con el poder que se acumula al incluir cada vez más personas. Para quienes se preocupaban en el pasado, el problema era cómo civilizar la burguesía, cómo hacerle aceptar las responsabilidades de sus nuevos poderes. Ahora el nudo gordiano en el mundo desarrollado es la civilización del denominado "hombre de la masa". Pero el problema de los países en desarrollo es la creación simultánea de las metrópolis y la integración de casi todos dentro de las mismas. Las nuevas élites, las nuevas clases medias, y las nuevas clases inferiores necesitan todas pasar de inmediato por el proceso, que no es por cierto una tarea agradable, especialmente cuanto tan poca simpatía o comprensión se les otorga en un compromiso que podría ser aligerado sabiendo cuál es la dificultad.

El nacionalismo como ideología

El "nacionalismo" es un epíteto básico en muchas partes del mundo, a causa de las personas que se erigen en representantes de la nación e intentan sujetar a otros a su voluntad frecuentemente maniática. En este sentido el nacionalismo es a menudo sinónimo del fascismo. Por despreciables que sean estos usos de la nación, no son los únicos a considerar como ideologías del nacionalismo. Pero sería una ceguera pretender que la sociedad nacional enferma no tiende a hacer posible el totalitarismo, un autoritarismo cuyo rigor y generalidad de aplicación es posible sólo en situaciones modernas, en las cuales la supremacía del Estado es tal que todas las instituciones intervinientes que pueden ofrecer alguna protección al individuo han disminuido en poder e importancia reguladora.

El nacionalismo como valor social es necesario para el modernismo; también es necesario para la democracia, pero insuficiente para asegurarla, como es necesario a su vez para el totalitarismo, pero también insuficiente para garantizar su surgimiento. Y sin embargo parece haber una correlación más positiva entre la libertad y la nación de lo que puedan indicar las declaraciones anteriores. Hans Kohn, en su libro más reciente referente al crecimiento de lo que denomina "pan-nacionalismo" 21/, ha escrito:

"La complejidad y ambivalencia de toda la historia pueden advertirse en el hecho de que esta ampliación de las bases para una vida humana más digna ocurrió en Europa después de 1789, bajo el concepto dominante de una edad de nacionalismo y ocurre fuera de Europa en el siglo XX, bajo similares estrellas de orientación... El nacionalismo en Europa, como en todas partes, ha llevado no sólo una esperanza y una promesa, sino también una grave amenaza a la creciente unidad de la humanidad y a la libertad racional del hombre. La indumentaria del nacionalismo viste, por una parte, las aspiraciones humanas de igualdad y dignidad, y por la otra, la pasión del poder sobre los demás..."

Tal vez la negativa de los aspectos de la nación-Estado que implican el régimen de la ley, el establecimiento de un mercado secular en el que todos los hombres son públicamente iguales, debilita el valor de la cohesión nacional y demora el desarrollo general posterior. Podemos adelantar una conclusión, sin embargo, señalando que hay una relación entre una incapacidad para continuar el proceso de desarrollo y el uso de las ideologías del nacionalismo para restringir la libertad esencial, impidiendo así una total aceptación de los valores de la identificación nacional.

/La ideología

La ideología que se refiere al significado y fines de la nación-Estado será de gran ayuda para determinar si la organización nacional parcial conducirá a mayor libertad o a la esclavitud manejada con más experiencia. Pero la ideología por sí no puede dar toda la base para juzgar adónde va cualquier sociedad, y aun en conjunto con los valores nacionales, como un dispositivo analítico doble, es insuficiente, porque los procesos que producen la sociedad moderna no se mezclan automáticamente.

Un peligro mayor en la predicción de acontecimientos sociales surge de la creencia en que el proceso de desarrollo total es unilineal y que cuanto se necesita es un buen empujón estratégico, en el lugar adecuado, para asegurar que el histórico ovillo de hilo se desenrollará. Este sueño es el favorito de los economistas y muchos de ellos suponen que un "despegue" garantiza el subsiguiente vuelo liviano. Pero cualquiera, aunque esté superficialmente informado sobre los viajes aéreos, reconocerá el error. El desarrollo nacional, como hemos insistido en esta introducción, es un fenómeno total que incluye la industrialización, clases, valores, organización económica y política, burocracia, sistemas de ideología y relaciones internacionales 22/. Cuando las normas del cambio son dificultosas por una resistencia extremadamente obstinada, o por mala conducción, intervención extraña, o cualquier otra causa de parálisis de una u otra zona crucial para el conjunto, con frecuencia sucede que las explicaciones se hacen irracionales y violentas y se producen acciones concomitantes violentas e irracionales. El peligro de construir la nación-Estado consiste naturalmente en que el nuevo poder de coerción será mal utilizado en nombre de las ideologías destructivas, ya sea para imponer el cambio antes que la estructura pueda soportar fácilmente el nuevo peso o para tratar de impedir el cambio que implica una redistribución del poder y del producto del desarrollo económico. La historia reciente de muchos países europeos y los diarios demuestran que hay peligros inherentes al desarrollo nacional durante el proceso desde los primeros días de la nación hasta lo que algunos consideran ahora su último alarde antes del llameante ocaso. La experiencia nazi, por ejemplo, se imputa con frecuencia al fracaso en lograr un grado suficiente de cohesión interclase, para garantizar la continuada armonía de una sociedad altamente industrializada. El consecuente surgimiento del supernacionalismo fue la excusa verbal para la canibalización de elementos disidentes y emisarios devorados por un medio declassé apoyado por una clase superior miope, criminalmente irresponsable y egoísta. Cuando el valor social del nacionalismo es débil, con mucha frecuencia los grupos gobernantes intentan invocar llamamientos muy ideológicos apoyados por líderes carismáticos para superar el fracaso en ordenar el conflicto de

/clase e

clase e institucional a un nivel más fundamental y funcional. Esta sustitución de la ideología franca por el valor implícito es característica de las etapas del desarrollo nacional, tanto retardadas como adelantadas. La ideología de exhortación violenta de la conducción política peronista es un ejemplo, así como la lunática ideología de la Alemania nazi. Estos ejemplos sugieren que puede desarrollarse razonablemente una serie de expectativas concernientes a las principales señales de las ideologías nacionalistas en relación con el grado de desarrollo nacional que forma la estructura de la ideología.

Dos normas principales y divergentes aparecen en los países a las puertas de la organización nacional. Si la tendencia al nacionalismo se confunde con anticolonialismo y antiimperialismo, la ideología puede ser xenofóbica y violenta al máximo, aunque imite mucho el ejemplo foráneo, y muy vaga en lo referente a los pasos a dar para el inmediato cambio social interno. Cuando el país ha tenido durante mucho tiempo independencia nominal, como sucede en la mayoría de los estudios de los países siguientes, las ideologías tienden a ser mucho más suaves respecto al exclusivismo, pero aun imitativas e inseguras respecto al cambio interno riguroso. El desarrollo y uso de los slogans e ideologías del nacionalismo en esta etapa de desarrollo está siempre limitado a los grupos superiores y a los rudimentarios grupos medios, con escaso sentido realmente esencial de identificación nacional, porque hasta ahora hay pocas instituciones a las cuales ser leal. La política casi invariablemente tiende a ser ruda, ya sea desembozadamente autoritaria o ruidosa, pero un tanto ineficazmente revolucionaria, mientras el personalismo es de gran importancia para organizar los florecientes sistemas de partidos políticos y la limitada opinión pública. En esta etapa es muy importante para el desarrollo futuro que las ideologías sean lo más tolerantes posibles en la expresión de los ideales, porque, por supuesto, el credo ideológico tendrá un elevado valor de predicción. El futuro estará en gran parte regido por la actitud general tomada en este primer período hacia el adecuado uso de los órganos de la nación-Estado en desarrollo.

En esta primera emergencia del nacionalismo, y especialmente en los países coloniales recientemente liberados, las alianzas ideológicas tienden a ser muy amplias - todos los que están en favor del desarrollo nacional se unen contra los que se oponen al mismo. Por esta razón los grupos políticos de extrema izquierda participan con frecuencia en coaliciones nacionalistas cuyas ambiciones generales político-económicas pueden ser mucho más moderadas que las de sus socios izquierdistas. Estos matrimonios de conveniencia, a menudo muy sinceros, se explican no sólo por el gran objetivo de la organización nacional que al menos temporariamente es común, sino también por la

/naturaleza de

naturaleza de la oposición, que con frecuencia considera a todos los movimientos modernizantes como el enemigo común. Este punto de vista es corriente en Latinoamérica, donde los tradicionalistas ven muchas veces al liberalismo norteamericano y al marxismo soviético como fundamentalmente similares. Como la Unión Soviética y los Estados Unidos deben aparecer más similares que distintos para el hombre de nuestro siglo, esta identificación no es artificial aunque es una mera confusión en cualquier término de referencia menos general.

Durante las etapas intermedias del desarrollo de la nación, los slogans y símbolos de las ideologías nacionales son simplemente divulgados mediante las fuerzas armadas, las escuelas públicas y las asociaciones comerciales recién desarrolladas. Las ideologías se dirigen entonces a los grupos medios de solidez económica y también afectan íntimamente a los "nuevos" grupos superiores y a los miembros luchadores de los elementos superiores de la clase inferior. Aunque el contenido ideológico es generalmente aún fuertemente antiimperialista, en la práctica la nueva seguridad y la necesidad de mercados externos tienden a suavizar la xenofobia. Pero la ideología debe expresar ahora deseos igualitarios de parte de los elementos muy móviles en la nueva sociedad, así como los ecos resonantes de la lucha interinstitucional, mientras el Estado intenta afirmar su soberanía total. Los problemas económicos y religiosos están con frecuencia a la vanguardia en esta pugna interinstitucional, pero también surgen muchos otros problemas complejos, como la posición de los partidos políticos, el papel de los gremios laborales y el ajuste a buscar entre las clases sociales, que están casi invariablemente muy diferenciadas en esta etapa de desarrollo económico nacional. La estructura del partido político está también casi siempre bajo gran tensión, sometida a la creciente necesidad social de impersonalismo y obstaculizada por la constante gran importancia del carisma. Los partidos deben encarar la difícil transición de quitarse la cómoda capa que cubre la representación del interés desnudo para adquirir el garbo moderno de una realización ideológica generalizada y nacional, que debe por lo menos pretender objetivos de grupos de clase e interés superiores. La gran división entre tradicionalistas y modernistas también desaparece, haciendo que los partidos asuman su configuración familiar de izquierda, centro y derecha. Esta etapa del desarrollo es muy riesgosa, porque durante la misma surgen las estructuras y prácticas conduciendo a una consolidación finalmente equilibrada, haciendo innecesario el uso represivo del poder del Estado, o las probabilidades están por el empleo de los nuevos dispositivos institucionales con fines autoritarios.

/Este nivel

Este nivel intermedio de emergencia nacional también generalmente da lugar a demandas económicas y debates referentes a la política económica que con frecuencia descartan otros elementos en el análisis total de las ideologías nacionales. Los conductores de los países subdesarrollados tienden a considerar al Estado como el único ente de suficiente fuerza para movilizar grandes cantidades de capital y obligar al proteccionismo necesario para sus industrias en desarrollo. Y el consumidor en tales países ha sido impulsado por los estímulos del modernismo, a tal punto que su expectación es elevado y sus necesarias decepciones muy sutiles. Lo que se olvida con frecuencia, sin embargo, es que una tasa rápida de desarrollo nacional crea una excitación y una anticipación que frecuentemente permiten una dilación más consciente y racional del consumo actual en beneficio del consumo futuro.

Los países desarrollados consideran desdeñosamente las políticas económicas de las naciones en crecimiento, que pueden tender a la autarquía, el proteccionismo y el control de las inversiones por el Estado. Pero dada la rigidez del mercado mundial, el proteccionismo ejercido por los Estados industriales y las prácticas económicas mixtas de los más fervorosos defensores de los mercados libres, poco puede sorprender la defensa económica de los países subdesarrollados. La difundida creencia en la relación íntima entre industrialización y modernismo no es totalmente falsa, por supuesto, porque la continua producción de materia prima junto con el bajo poder en el mercado dificultan el desarrollo económico. De todas maneras, la gran tendencia a igualar el poder del Estado con el desarrollo económico es una dimensión muy comprensible de las ideologías nacionalistas del período intermedio de integración nacional.

Cuando el proceso de desarrollo nacional se completa de manera razonable, debemos esperar que la división ideológica se atenúe y simplifique, y que valores de identificación nacional se difundan y ya casi no se discutan. Ahora es posible "degenerar" en un "superpatriota", denigración que invariablemente significaba un retraso a lo que se consideraba necesario y deseable en los primeros días de lucha. El Estado es inequívocamente triunfador sobre otras fuerzas institucionales en el caso de conflicto final. El gobierno se centraliza en el poder aunque lo esté o no en organización. Los partidos tienden hacia la total profesionalización y la función ideológica cambia. Hasta cierto punto se suaviza la disputa interna, mientras las complicaciones externas aumentan y la franca ideología nacionalista restante se concentra en las relaciones entre las naciones. Los países en esta etapa de desarrollo mezclan sus problemas locales con los internacionales. No podemos saber, por supuesto, si el fracaso o el éxito señalarán la solución de estos problemas, porque esto es el interrogante de hoy y mañana, cómo las naciones-Estado del mundo desarrollado se adaptarán a los mayores requerimientos de su nueva situación.

El nacionalismo y el futuro

Hemos visto algunas de las maneras en que los nacionalismos que surgen en países subdesarrollados o desarrollados a medias se apartan del contenido y prácticas del nacionalismo del siglo pasado en Europa occidental; etapas de transición, usan nuevos dispositivos, y encuentran muchos caminos distintos para la organización social moderna. Que este amplio margen de selección pueda ampliarse aún más depende no sólo de la inventiva de los líderes de los Estados que surgen sino también de las soluciones a sus problemas hallados por las naciones-Estados maduras existentes.

El nacionalismo como valor y como ideología sufre un gran desafío en el mundo desarrollado. Si nuestra tesis es correcta, el nacionalismo surgió como un dispositivo de orden para un grado de interdependencia mucho mayor que el que había demandado la sociedad feudal y mercantil. Pero nuevos requerimientos continúan presionando a todos los países del mundo - desarrollados y subdesarrollados - por interrelaciones que desdeñen los límites culturales y geográficos establecidos por el hombre. Por ejemplo, las nuevas bombas y sus vehículos han hecho de la guerra una acción cualitativamente diferente de lo que era antes; así han contribuido también a cambiar la naturaleza de la diplomacia y a desarrollar una serie de dependencias mutuas en las cuales la política interna de necesidad también se convirtió en relación exterior. Nadie en el mundo puede ya dejar de tener una preocupación vital en el curso de los acontecimientos internos de cualquier país que tenga los medios para envenenar el globo terráqueo.

Como en los primeros días de la nación hace algunos siglos, existe un interés especial en adaptarse a la nueva situación, pero no hay dispositivos institucionales ni cuerpos de doctrina establecidos para controlar los aspectos diarios del cambio necesario y proporcionar el timón de predicción. Quedamos con la concreta necesidad de ordenar el control, y si podemos mantener el ritmo no hay duda que surgirán instituciones, valores e ideologías que expresarán las identificaciones supranacionales que el hombre se ha impuesto ejercitando su mente inquieta.

La guerra no es el único ejemplo de la norma reciente de relaciones supranacionales. Los contactos culturales internacionales son cada vez más estrechos, los sistemas económicos necesitan más evidentemente la racionalización a nivel regional y continental, la ciencia se hace más universal con la difusión de la industrialización y una proliferación mundial de demandas de educación más elevada, y los gobiernos encaran tales necesidades llegando vacilantes a las

/organizaciones internacionales

organizaciones internacionales y convenios regionales. En respuesta, Europa occidental ya ha engendrado unos cincuenta organismos supranacionales.

Una conciencia lentamente creciente de las nuevas series de responsabilidades mutuas se extiende netamente uniendo a todos los países - aunque fugazmente - y conduce a la erección de instituciones experimentales y la elaboración de ideologías explicatorias, por endeables que sean. No obstante carecen de una estructura de valor latente sobre la cual construir aunque sea parciales identificaciones. La tarea de acrecentar estos valores es la labor del siglo para los países desarrollados. Las naciones que surgen tendrán que continuar afrontando los problemas de actuar en medio de todas las complicaciones del desarrollo humano de las que nos hemos ocupado. El que esas naciones puedan escoger entre soluciones supranacionales o meramente nacionales, será responsabilidad primaria de quienes se alaban de su poder y su madurez.

- 1/ Esta frase es usada por Karl R. Popper en su muy discutida obra, The Poverty of Historicism, Boston, 1957, pág. 160.
- 2/ Leonard Reissman, "Class, the City, and Social Cohesion", International Review of Community Development, núm. 7, 1961, pág. 41.
- 3/ The Democratic and the Authoritarian State, Glencoe, 1957, págs. 14-15.
- 4/ "Nationalism and Political Development", Journal of Politics, vol. 22, febrero 1960.
- 5/ "A New Look at Nationalism", citado en Urban G. Whitaker Jr. y otros, Nationalism and International Progress, San Francisco, 1960, págs. 21-22.
- 6/ Essays on Nationalism, Nueva York, 1926, pág. 245.
- 7/ Rupert Emerson, From Empire to Nation : The Rise to Self-Assertion of Assian and African Peoples, Cambridge, 1960, pág. 90.
- 8/ C. Kerr,,J.T. Dunlop, F. Harbison y C.A. Myers, "Industrialism and World Society", Harvard Business Review, enero-febrero 1961, pág.119.
- 9/ F.S.C. Northrop. Philosophical Anthropology and Practical Politics: A Prelude to War or to Just Law, Nueva York, 1960, pág. 79.
- 10/ Op.cit., pág. 26.
- 11/ "Nationalism and Political Development "op.cit., pág. 20.
- 12/ Boy C. Shafer, "Nationalism; Myth and Reality", citado en Urban G. Whitaker, op.cit., págs. 4-5.
- 13/ Londres, 1945.
- 14/ From Empire to Nation, op.cit., pág. 95.
- 15/ Ithaca, 1953, pág. 92.
- 16/ Daniel Lerner, The Passing of Traditional Society: Modernizing in the Middle East, Glencoe, 1958, págs. 49-51, passim.

- 17/ Nuestra definición de la clase se basa en postulados neoweberianos. Hemos aceptado de Weber el conocimiento de que la posición de clase es una expresión de poder: la capacidad real o potencial de hacer que otros cumplan nuestra voluntad y de las "oportunidades vitales" de un individuo o las probabilidades de que ejerza la verdadera libertad de elección durante el curso de su vida respecto a su punto de partida o su "trampolín social", por así decir. También aceptamos su postulado de que la posición social es, a los fines prácticos, un compuesto de poder económico (ocupación, ingresos, ubicación en la institución económica) poder social (prestigio, status) y poder político (desde votar hasta dirigir la opinión que influye en la decisión de gobierno, dentro y fuera de la institución política formal). Este punto de vista no es weberiano porque, entre otras razones, decidimos no utilizar su terminología de "clase", "status" y "poder" para los tres elementos y más explícitamente usamos el concepto de poder como común denominador de los tres. También nos apartamos de Weber en su presunción de que el factor de poder económico es básico para los otros en la definición de posición de clase individual. No negamos ni afirmamos la propuesta de análisis de largo alcance, afirmando meramente que al nivel que actuamos la presunción no es sólo objeto de discusión, sino que puede también ser un obstáculo. Como lo señalamos antes, apoyados por la cita de Neumann, al menos en lo breve e intermedio el poder puede tener raíces en los factores políticos y de status, y luego extenderse a manifestaciones económicas. Esta declaración también parece referirse a acontecimientos generales de la sociedad en los cuales el cambio ideológico y las manifestaciones políticas sirven como estímulos primarios del cambio económico, durante los períodos cortos e intermedios a los cuales dirigimos nuestros interrogantes. Para una exposición más detallada de desarrollo de clase, económico y social, véase K.H. Silvert y Frank Bonilla, Education and The Social Meaning of Development: A Preliminary Statement, Nueva York, 1961, mimeografiado.
- 18/ Carr, op.cit., págs. 10-11.
- 19/ Ibid., págs. 18-19.
- 20/ Leonard Reissman, op.cit., pág. 51.
- 21/ The Age of Nationalism: The First Era of Global History, Nueva York, 1962, pág. XVI.
- 22/ Este punto de vista de la totalidad del desarrollo es enfocado por distintas disciplinas académicas. Hemos citado a Lenner Reissman, por ejemplo. Véase también un artículo muy interesante de Karl W. Deutsch, "Social Mobilization and Political Development", American Political Science Review, vol. LV, núm. 3, septiembre 1961, págs. 493-514.

